



EMMA ROIG

¿Por qué Ernesto de Hannover se salta todos los protocolos, de isla en isla y de amor en amor, mientras su todavía mujer, Carolina, acude sola a los actos del principado? ¿Pereza o por conveniencia?

El Fantasma de Mónaco

Una amiga mía me cuenta que hace poco vio a Ernesto de Hannover en uno de los restaurantes más caros de Ibiza, entre una docena de personajes que lo rodeaban como a Jesucristo en la Última Cena. Solo que en lugar de prepararse para rezar en el Huerto de los Olivos, el príncipe parecía estar más que listo para irse a Pachá a disfrutar de la noche, todo duchadito y desinflado, y muy lejos del medio muerto que hace unos meses ingresaron en una clínica de esa misma isla aquejado de pancreatitis. No parecía que a la pandilla de vividores les preocupara mucho el colesterol ni la tensión arterial del ilustre alemán, más bien lo que pretendían era ayudar a Ernesto en su campaña de aniquilación de su hígado a base de fiestas y alcohol. Y, mientras la gente los miraba de reojo, los invitados le reían las gracias en cuatro idiomas como si fuera un maltrecho, pero todavía brillante, trofeo social.

El hecho de que hace un año y medio no se vea a la princesa de Mónaco junto a su todavía marido hace pensar a muchos que flota a su alrededor una maldición por habérselo usurpado a su mejor amiga. Pero quizás, Carolina ha decidido simplemente que lo más aristocrático y propio de la vieja escuela es no sucumbir a la presión de los medios de comunicación, que quieren hacer sangre de un anuncio de separación o divorcio, y mantener su estatus

y apellido Hannover, más prestigioso que Grimaldi. “Para qué necesita a Ernst si ya tiene su título, a sus hijos y una repletísima vida social, mucho más placentera sin él. Los maridos después de la menopausia no tienen mucho sentido”, me dice mi amiga.

Ernesto se ha convertido en el fantasma de Mónaco, ni siquiera apareció en la boda de Alberto el pasado julio, a pesar de que el acontecimiento tuvo la intriga y la emoción de un *bestseller* de aeropuerto cuando se filtró que Charlène se quiso escapar el día antes para no volver. “Quien crea que hay que casarse por amor y no por conveniencia no conoce a los Grimaldi, la familia menos funcional de la sociedad europea”, me comenta mi amiga. Y añade que ni muerta hubiera ido a ese evento para evitar verse asociada a una de las bodas “más cursis” que recuerda, “con los invitados más espantosamente vestidos, a excepción de Carolina, Karl Lagerfeld e Inés de la Fressange y alguna princesa. Las hermanas del novio, desparejadas, y Estefanía, acompañada de sus hijos de diferentes padres como si fuera una madre soltera del Bronx. Además, entre los invitados se encontraban los evasores fiscales residentes en Mónaco, que parecían competir por ponerse encima todo lo que se ahorran en impuestos”. Para compensar tanta ordinariet, Carolina hizo gala de su elegancia no solo con su sombrero de paja, sino con su negativa a excusarse por la ausencia de Ernesto. ¡Eso sí que es ponerse el mundo por montera! □